

HISTORIOGRAFÍA GRIEGA ANTIGUA E HISTORIOGRAFÍA BIZANTINA

1. *Introducción.*

La cuestión sobre la continuidad o la ruptura (o discontinuidad, como suelen decir otros) existente entre la tradición cultural helénica de la antigüedad pagana y la cultura griega cristiana de Bizancio es uno de los asuntos que con periodicidad da lugar a encuentros, congresos y artículos. Se defienden en ellos puntos de vista diversos, teñidos a veces de consideraciones ajenas al objeto en sí que se debate. Desde las opiniones de un C. Mango a las de investigadores como H. Hunger, F. Dölger, R. Browning o G. Moravcsic, pasando por personajes como R.J.H. Jenkins¹, se abre ante nuestros ojos un amplio abanico de posiciones respecto a lo que Bizancio debe a la antigüedad y sobre su valoración. En ocasiones, según un investigador como S. Vryonis Jr.², la postura adoptada ante esta cuestión depende del punto de origen del que se acerca a esta discusión. El que esto escribe, por cierto, pertenece a uno de los grupos que este autor considera torcidos de antemano para juzgar las obras de Bizancio: el de los que contemplan el Imperio de Oriente con una formación helénica de corte clásico.

¹ C. Mango, «Byzantine Literature as a Distorting Mirror», *Byzantium and Its Image*, Londres 1984, II, pp.3-18; «Discontinuity with the Classical Past in Byzantium», *Byzantium and Its Image*, Londres 1984, III, pp.48-57; H. Hunger, «On the Imitation (ΜΙΜΗΣΙΣ) of Antiquity in Byzantine Literature», *DOP* 23-24, 1969-70, pp.15-38; F. Dölger, «Der Klassizismus der Byzantiner, seine Ursachen und Folgen», *Παρασπορά: 30 Aufsätze zur Geschichte, Kultur und Sprache des byzantinischen Reiches*, Ettal 1961, pp.38-45; R. Browning, «The Continuity of Hellenism in Byzantine World: Appearance or Reality?», en T. Winniffrith-P. Murray (ed.), *Greece Old and New*, Londres 1983, pp.111-128; G. Moravcsic, «Klassizismus in der byzantinischen Geschichtsschreibung», *Polychronion: Festschrift zum F. Dölger 75. Geburtstag*, Heidelberg, 1966, pp.366-377; R.J.H. Jenkins, «The Hellenistic Origins of the Byzantine Literature», *DOP* 17, 1963, pp.37-52, 403-405; «The Classical Background of the *Scriptores Post Theophanem*», *DOP* 8, 1954, pp.11-30.

² S. Vryonis, Jr., «Recent Scholarship on Continuity and Discontinuity of Culture: Classical Greeks, Byzantines, Modern Greeks», *Byzantina kai Metabyzantina: The «Past» in Medieval and Modern Greek Culture*, vol.I, Malibú, 1978, pp.237-256.

Si ya de por sí esta cuestión es compleja, cuando nos fijamos en el campo de la historiografía bizantina todo se torna más complicado aún. Cualquier manual sobre literatura bizantina ofrece entre sus afirmaciones más tópicas la constancia de que este género es el de producción más voluminosa, no exenta en buena parte de calidad literaria, y de mayor utilidad para el estudio de los acontecimientos históricos³. Este panorama vuelve a enredarse cuando establecemos una diferencia, no aceptada por todos, entre la historiografía llamémosle culta y la destinada al sector de población que no se incluía en la élite ilustrada del mundo bizantino, obras que tradicionalmente vienen siendo denominadas crónicas⁴. Nuestra intención aquí es centrarnos fundamentalmente en algunos historiadores bizantinos que se incluyen dentro de lo que H. Hunger llama «die hochsprachliche profane Literatur», es decir, la literatura profana en lengua culta. Evidentemente, al centrarnos en este apartado de la producción historiográfica bizantina estamos condicionando, como veremos, los resultados de la disyunción continuidad / ruptura.

Por otro lado, cuando se habla de Bizancio y de las influencias que sustentaron su producción cultural no podemos centrarnos en la época clásica exclusivamente. Autores como los mencionados R.J.H. Jenkins, R. Scott, R. Browning, o como A. Garzya y C. del Grande⁵ han dejado claro que las influencias reales de la cultura pagana antigua, y en particular sobre la historiografía bizantina, parten del helenismo y de autores como Isócrates, Plutarco y Polibio. En este sentido, hablar de continuidad con el clasicismo ha de ser entendido en sentido amplio, pues, como afirma H.

³ H. Hunger, *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, Munich 1978, t.I, p.VI; R.J.H. Jenkins, «The Hellenistic Origins...», p.46, para quien la historiografía, junto con la erudición literaria, constituyen las dos aportaciones fundamentales de Bizancio a la historia de cultura.

⁴ Para P. Schreiner («La historiografía bizantina en el contexto de la historiografía occidental y eslava», *Erytheia* 11-12, 1990-91, pp.55-63 son denominaciones más acertadas «historia universal», referida a las crónicas, y la de «historia contemporánea», en referencia a la historiografía culta (pp.57-58). Lógicamente, se hace la salvedad de que estas denominaciones no siempre se ajustan a lo real, pero, a nuestro juicio, recogen bastante acertadamente las características más notables de ambas versiones del género.

⁵ R.J.H. Jenkins, «The Hellenistic Origins...», p.39; «The Classical Background...», p.16; R. Scott, «The Classical Tradition in Byzantine Historiography», en M. Mullet-R. Scott, *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham 1981, pp.61-74, aquí p.71; C. del Grande, «Cenni di storiografia bizantina», *Corsi di cultura sull'arte ravennate e bizantina* 8, 1961, pp.146-176, aquí p.147; R. Browning, «The Continuity...», p.112; A. Garzya, «Visages de l'hellénisme dans le monde byzantin (IV-XII siècles)», *Byzantion* 55, 1985 pp.463-482, aquí p.466.

Hunger⁶ la presencia de citas o influjos de autores del período clásico es, sobre todo y aparte de otras consideraciones, un sello, un guiño de distinción cultural dirigido a los receptores de la obra literaria. Por ello, debemos plantearnos la relación en términos más amplios.

El cuadro que corresponde al anexo pretende recoger de forma esquemática las características esenciales que configuran el relato histórico en la antigüedad griega. Este cuadro nos va a servir de guía para ir comentando aquellos de sus elementos que veremos repetidos en los historiadores bizantinos mencionados, para pasar seguidamente a examinar aquellos elementos en los que es susceptible una ruptura o apariencia de ella.

2. *El ciclo histórico.*

Una de las características que más llama la atención a quien se acerca al género literario que nos ocupa es la existencia de una línea constante e ininterrumpida que corre a lo largo de sus hechos desde Heródoto en el siglo V a.C. hasta un personaje como Miguel Critóbulo, conocido como Critóbulo de Imbros, que continúa la tradición de narrar los acontecimientos históricos helénico-bizantinos hasta el extremo de dedicar el relato de la toma de Constantinopla al *αὐτοκράτωρ μέγιστος* y *βασιλεὺς τῶν βασιλέων* Mehmet II, sultán turco que en 1453 dio el cerrojo oficial a los decrepitos restos del otrora glorioso Imperio Bizantino. Durante dos mil años, con escasas lagunas, existe un recuento fiel de lo que le pasó al pueblo griego, ya fuera con unas características culturales o con otras. Esta continuidad es la que L. Canfora denomina en un crucial artículo el «ciclo histórico»⁷. Para Canfora, igual que sucede en la épica, cada obra histórica griega es continuación de una anterior, cuyo final retoma como inicio. A su vez, la obra en cuestión dejará el campo libre para que otro autor tome el testigo y continúe la narración de las vicisitudes del pueblo griego y de sus rectores. Todos sabemos que Tucídides continúa a Heródoto, y Jenofonte a Tucídides. Del mismo modo, Miguel Pselo empieza su obra con un párrafo donde da por concluido el reinado de Juan Tzimiscés y enlaza con el inicio de su

⁶ H. Hunger, «On the Imitation...», p.29. El contexto del artículo se muestra a favor de una continuidad entre la cultura antigua y la bizantina. En la misma línea sobre la importancia de los autores propiamente clásicos véase F. Dölger, «Der Klassizismus...», p.40.

⁷ L. Canfora, «Il ciclo storico», *Bell'agor* 26, 1971, pp.653-670.

primer protagonista, el emperador Basilio II, ya que su *Cronografía* continúa la historia de León Diácono; Ana Comnena enlaza con la *Ἰστορία* de su marido Nicéforo Brienio, el cual, a su vez, había recogido el testigo en el punto en el que lo dejara Miguel Pselo. Nicetas Coniates, por último, empezará su historia con el reinado de Alejo I Comneno, a partir del cual continuará avanzando en el tiempo.

La constancia de la existencia de este testigo que ha de pasar de un historiador a otro lleva incluso a que cuando una obra histórica carece de autor conocido o es el resultado de varios, reciba el nombre de continuación de la obra de tal o cual historiador precedente. Este es el caso de la obra de los *Scriptores post Theophanem* también conocida como *Theophanes continuatus* y *Οἱ μετὰ Θεοφάνην*.

3. La verdad.

El término verdad aparece en letras mayores que el resto de los términos del cuadro y, además, dentro de un recuadro más grueso. De este modo pretendemos dar a entender que la obra historiográfica gira en torno a la búsqueda de la verdad. Lo que distingue a una obra que tiene deseos de alinearse entre las denominadas históricas es precisamente que lo que narre responda a lo que realmente ocurrió.

La búsqueda de la verdad conecta con otro de los conceptos básicos que ilustran la historia como género: la imparcialidad. Cualidad ésta que Luciano ensalza también en su obrita sobre cómo debe escribirse la historia y que la propia Ana Comnena recoge en su proemio con una cita tomada de Polibio⁸. El autor que se acerca a la historia debe alabar a los enemigos si lo merecen y reprender a los amigos si han hecho méritos para ello. La imparcialidad debe ir acompañada de la exactitud en la reproducción de los acontecimientos (*ἀκρίβεια*, *ἀκριβής*) y de la claridad (*σαφήνεια*, *σαφής*)⁹. Estos términos están presentes en aquellos textos que mencionan la verdad como la piedra de toque principal de la historia. Tucídides nos revela lo difícil que es dar con la exactitud de lo que se dijo y Ana Comnena en numerosos pasajes muestra un especial interés en dejar de manera clara y exacta la

⁸ Luciano, *Hist. conscr.*, 58; Ana Comnena, *Alex.*, Proemio II.3; Polibio, I 14.

⁹ Luciano, *Hist. conscr.*, 43.

narración de los acontecimientos. La exigencia de claridad lleva a esta historiadora a alabar las aportaciones escritas de algunos de sus informadores porque eran fieles a la verdad y eran ἀπλᾶ τὴν φράσιν καὶ ἀπερίεργα¹⁰. Este paralelismo entre sencillez, claridad y verdad entronca con las palabras de Polibio en las que, dentro de su diatriba contra Timeo, confiesa que lo que hace a una obra incluirse en el género histórico no es la retórica o la forma, sino su respeto a la verdad¹¹.

4. *El conocimiento.*

La verdad exige no sólo imparcialidad, exactitud y claridad a la hora de su exposición, sino también, como paso previo a todo ello, el conocimiento adecuado de lo que se desea narrar. Por ello el término *conocimiento* está sobre la verdad en el esquema y de él parte una flecha que lleva al recuadro que enmarca la verdad.

Hablar de conocimiento de la verdad de los acontecimientos, que es la espina dorsal de la obra histórica, requiere una serie de componentes que faciliten esa tarea. Así pues, íntimamente ligada al concepto de conocimiento está una de las características que también perviven desde Heródoto hasta el final del Imperio Bizantino en el género que tratamos: el autor suele ser contemporáneo de los sucesos que cuenta y, por tanto, el asunto de su obra es la historia reciente y, en buena parte, simultánea a su lapso de tiempo vital. Miguel Pselo ocupó cargos de primerísimo rango en el imperio bajo la mayoría de los emperadores cuyas actuaciones relata y su papel en la corte fue decisivo, llegando a conjurar con éxito en la elevación al trono de Constantino X Ducas y en la caída de Romano IV Diógenes. Personajes como el obispo Eustacio de Tesalónica o Nicetas Coniates fueron contemporáneos de los hechos que cuentan. Procopio asistió como testigo a los hechos que narra. Nicéforo Brienio muere antes de concluir su trabajo literario, cuya finalidad es ensalzar a la familia de los Comneno, una dinastía asegurada en el trono a partir de su suegro Alejo, padre de la princesa Ana Comnena, quien a su vez no hace en su *Alexiada* sino reproducir la historia del reinado de su padre, con el que coincidió en vida durante treinta y cinco años. De todos es conocido el paralelismo que esta característica tiene en la antigüe-

¹⁰ *A/ex.*, XIV VII.7.

¹¹ Polibio, XII 12.7.

dad cuando citamos a historiadores como Heródoto, Tucídides, Jenofonte o Polibio.

A. Momigliano en la recopilación de sus artículos publicados en español con el título de *La historiografía griega* da una visión panorámica de este género en la antigüedad y aduce que la contemporaneidad venía exigida por ser la coordinada temporal que ofrecía mayor seguridad en el conocimiento de los sucesos que se pretendía historiar¹². Las ventajas de la contemporaneidad son, además, otras: las que enlazan con otros de los aspectos recogidos en el cuadro. Permite, por ejemplo, contar con testimonios esenciales de primera mano, procedentes de testigos visuales de los acontecimientos. Entramos así en el terreno de las fuentes de la historia.

La preeminencia de la información procedente del testigo presencial pervive también en Bizancio, aun cuando no se dieran algunas de las circunstancias que hicieron decisiva su intervención en la configuración del género en la antigüedad. Nos referimos a la ausencia de archivos documentales en cantidad suficiente. Parece ser que la preeminencia del testigo sobre el documento se basa en la relativa mayor facilidad y abundancia del primero sobre el segundo en los primeros periodos de la historiografía. En la jerarquía de fuentes, la primera plaza la ocupa el propio testimonio visual del autor (ἀὐτοψία), después vienen las informaciones procedentes de otros testigos, con frecuencia orales, y finalmente tenemos el análisis de documentos¹³. Este último apartado es el que permite recoger en el texto de la historia la copia de tratados de paz, cartas y otro tipo de documentación escrita que resulte esencial para el conocimiento veraz de los sucesos. Así lo encontramos en Tucídides, quien llega incluso a recoger algún tratado con los rasgos dialectales y nos lo hallamos en la *Alexiada*, donde podemos leer, entre otros, el crisóbulo por el que Alejo nombraba a su madre regente del Imperio durante su ausencia o el tratado de paz en su totalidad entre Bohemundo y Alejo¹⁴. Pero la propia Ana

¹² A. Momigliano, *La historiografía griega*, Madrid 1987, p.83.

¹³ B. Gentili-G. Cerri, *Le teorie del discorso storico nel pensiero greco e la storiografia romana arcaica*, Roma 1975, p.44, referido en este caso a Polibio; A. Momigliano, *La historiografía...*, p.14, referido a Heródoto. Cfr. también los trabajos que G. Schepens ha dedicado a la teoría de las fuentes en la historiografía antigua, en especial, *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du Vème. siècle avant J.C.*, Bruselas 1980; «Some Aspect of Source Theory in Greek Historiography», *AncSoc.* 6, 1975, pp.257-274.

¹⁴ Tucídides, IV 117-119, V 18-19, V 23-24, etc.; *Alex.*, III VI.1 y ss., XIII XII.1 y ss.

Comnena y Miguel Pselo también nos recalcan, casi con la misma frecuencia con la que Heródoto nos recuerda su presencia personal o los informes de otro, que sus datos provienen de sus propias experiencias y de las ajenas. Podríamos añadir en este apartado la crítica de esas fuentes, pero sería alargarnos demasiado. Baste decir que tanto en Ana Comnena como en Miguel Pselo nos hallamos con que el historiador debe ser un juez (κριτής) de esos testimonios de terceros, ya que con frecuencia, como dice el propio Tucídides en su famoso capítulo del método, estos testimonios están sesgados por las simpatías o antipatías de los informantes. Ana Comnena llega a utilizar casi los mismos términos que Tucídides: εἴησιν y μνήμη en el uno, εἴησιν y μῦθος en la otra¹⁵.

Una dimensión importantísima para llegar al conocimiento vezar de los acontecimientos es la de causalidad. Ya nos dicen B. Gentili y G. Cerri que los dos problemas de fondo de la historiografía antigua eran, de un lado la búsqueda de la verdad y de otro hallar el nexo causal que une el pasado con el presente¹⁶. Pero ese nexo causal debe ser hallado de acuerdo con criterios racionales. Todos sabemos la importancia que la dimensión de causa y la cuestión del porqué ocurre algo tiene para las concepciones historiográficas de autores como Tucídides y Polibio. Ese nexo, repetimos, debe hallarse mediante medios racionales; de este modo, la divinidad no cuenta excesivamente en la explicación de lo que ocurre y aquellos acontecimientos que se escapan del control de la razón se pueden atribuir a la suerte. Lo importante es que, como dice Tucídides, la historia hay que explicarla κατ' ἀνθρωπείαν φύσιν¹⁷. Lo mismo hallamos en la historiografía bizantina. Ya R. Scott¹⁸ afirma que el papel jugado por la divinidad en la *Alexiáda*, con ser relevante, no llega a marcar una diferencia respecto al papel que tendría en la historiografía antigua. La divinidad sanciona, confirma, es la última causa, pero como ese es un dato conocido, Miguel Pselo, Juan Zonaras o Ana Comnena se dedican a explicar en términos humanos cómo esa voluntad divina se convierte en realidad. Son esos comportamientos humanos los que se describen, los que interpretan, los que interesan, los que son susceptibles de controversia, ya que el designio de Dios y su Provi-

¹⁵ Tucídides, I 22.3; *Alex.*, III I.4.

¹⁶ Gentili-Cerri, *Le teorie...*, p.21.

¹⁷ A. Momigliano, *La historiografía...*, p.35.

¹⁸ R. Scott, «The Classical Tradition...», p.63.

dencia son indiscutibles. Que en Tucídides o en Polibio las causas sean los temores, la ineludible tendencia humana a la ley del más fuerte o las constituciones políticas y que en Miguel Pselo o Ana Comnena la causa sea la irrefrenable ambición del ser humano o su bondad en otros casos, no son, a fin de cuentas, sino interpretaciones diferentes con un mismo objetivo: explicar la historia en términos de lo humano. Y, al igual que en la historiografía antigua, la suerte, la τύχη, juega un papel, aunque sea diferente del papel jugado en la antigüedad. Como dice Jacques Le Goff¹⁹ su papel es cargar con aquello que es negativo en el curso de un acontecer humano guiado por la Providencia divina.

Finalmente digamos que la historia debe ser útil también. Independientemente de cómo entendamos la utilidad, o en otros términos, la finalidad de la historia, es indiscutible que Tucídides pretendía una obra duradera que fuera útil, ya sea como lo interpreta J. de Romilly o bien como lo hacen otros²⁰; Heródoto deseaba no dejar ocultos los grandes acontecimientos de griegos y bárbaros y para Polibio el hombre de estado debe sacar jugosas conclusiones de la lectura de la historia pragmática, la que atiende sobre todo a los acontecimientos políticos. En este apartado, la utilidad de la historia en autores como Miguel Pselo, Ana Comnena o Nicéforo Brieno se centra en un aspecto más próximo a Heródoto: dejar constancia de actos importantes, impedir el olvido y que las generaciones futuras (οἱ γενησόμενοι)²¹ dejen de tener constancia del ejemplo tan excelente de aquellos hechos y de las personas que los llevaron a cabo. La historia se erige, así, en un instrumento de evidente utilidad para la posteridad, independientemente de quien la escriba y de en qué época la escriba. Ello lleva a Nicetas Coniates a afirmar en el proemio de su historia que la práctica de este género permite el ingreso en la inmortalidad de la memoria a los hombres mortales²².

¹⁹ J. Le Goff, *El orden de la memoria*, Barcelona 1991, p.101. Aunque este autor enmarque esta interpretación de la fortuna en el pensamiento medieval occidental, creemos que puede aplicarse también a oriente.

²⁰ J. de Romilly, «L'utilité de l'histoire selon Thucydide», en VV.AA., *Histoire et historiens dans l'Antiquité*, Ginebra-Vandoeuvres 1956, pp.41-81.

²¹ *Alex.*, Proemio II.1.

²² *Hist.*, I.

5. *Los acontecimientos.*

El último cuadro del esquema lo ocupan los acontecimientos. Corresponde a la pregunta sobre qué es lo que hay que narrar y qué es lo que debe conocerse de forma veraz. Lógicamente, la amplitud de la existencia humana admite historiar casi todo. Pero para que un relato histórico sea denominado como tal e incluido en las filas del género, debe cubrir también el requisito de la selección de la materia objeto de la historia. Esta selección sigue un criterio que pervive en la historiografía bizantina y que es, sin duda, herencia de la concepción historiográfica de la antigüedad. Los acontecimientos reciben nombres diversos, desde *ἔργα*, en Heródoto y Tucídides hasta *πράξεις* en Polibio y en Ana Comnena o *τὰ πεπραγμένα* en Miguel Pselo²³, pero aun cuando la simple mención de estas denominaciones del objeto de la historia no aclaren nada dada la amplitud de sus significados, la lectura de las obras saca a relucir algo que A. Momigliano nos adelanta en el libro ya mencionado: los acontecimientos son casi exclusivamente los de tipo político y militar. A esta caracterización de los acontecimientos historiables, es preciso añadir un par de matizaciones más. Estos acontecimientos se estructuran en dos coordenadas, la de los que tienen lugar fuera de la entidad política adoptada como protagonista, centrada en el enfrentamiento con otras entidades políticas, y los que tienen lugar en el interior de la entidad elegida. En todo ello, lo que llama la atención al autor es la noción del cambio, cómo varían las circunstancias bélicas y políticas tanto en el interior como en el exterior²⁴. De este modo, la guerra y la política se convierten en el centro de atención del historiador y de su público. Para Heródoto, Tucídides o Polibio el punto en torno al cual se mueven en la descripción y estudio de esos acontecimientos son un colectivo, generalmente una ciudad o ciudades. Y, en especial para Tucídides, si lo esencial en política exterior es la guerra, en política interior es la revolución. Para los bizantinos, la oposición acontecimientos externos/internos se centran en el imperio y en el emperador. De este modo, los acontecimientos externos son las campañas y las acciones políticas que lleva a cabo el emperador. Los acontecimientos internos son, generalmente, las conjuras que ha de capear; así encontramos un paralelismo entre

²³ Heródoto, I 1; Tucídides, I 22; Polibio, I 1; *Alex.*, Proemio I.2; *Cron.*, IV 34.

²⁴ A. Momigliano, *La historiografía...*, p.15.

estos autores y una pervivencia del criterio de selección del asunto que se debe tratar.

Estos acontecimientos político-militares externos e internos que se erigen en el criterio selectivo, deben cumplir otro requisito ya observado por H.R. Immerwahr²⁵. Estos hechos deben ser importantes, grandes, admirables, tal como dice Heródoto en el inicio de su historia y como nos recuerda Tucídides de la guerra del Peloponeso o como Polibio sabe a partir del hecho de que Roma se ha expandido sorprendentemente. Porque lo que hacen los emperadores tiene siempre repercusión en la vida de todos y cada uno de los habitantes del imperio, los historiadores bizantinos, igual que los historiadores griegos de época imperial, toman su figura como centro de su relato; y en casos como Ana Comnena y Nicéforo Brienio, cuentan con doble justificación en la elección de su asunto, ya que si las obras de un emperador son importantes, las de un personaje como Alejo Comneno sobrepasan con mucho la repercusión normal de otro soberanos. Indudablemente, esta consideración de grandeza, de monumento, de las acciones historiadas enlazan con la utilidad que su conocimiento supondrá para las generaciones futuras.

6. *Encomio y biografía.*

Llegados a este punto, se hace preciso un alto y una reflexión. A pesar de lo breve y resumido de este paso por las características generales de la obra histórica, creemos que se han podido apreciar las líneas de conexión que se establecen entre la antigüedad y Bizancio. Cabría decir que a grandes trazos no hay ruptura, sino continuidad de la tradición historiográfica desde la antigüedad hasta el final del Imperio Bizantino. Pero esto no es tan simple. Como muy bien subraya R. Scott²⁶, cuando uno termina de leer la *Alexiáda*, o la *Cronografía*, o los *Materiales para una historia* de Nicéforo Brienio, se percata de que lo que tiene entre manos no es una réplica absoluta de obras como las de Heródoto, Tucídides, Jenofonte o Polibio. Por otra parte, llamar ruptura a las divergencias que separan la historiografía griega medieval de la antigua quizás sea excesivo. Como dijimos al inicio, hay investigadores

²⁵ H.R. Immerwahr, «Ergon. History As a Monument in Herodotus and Thucydides», *AJPb* 81, 1960, pp.261-290.

²⁶ R. Scott, «The Classical Tradition...», p.62.

que defienden la existencia de una brecha en esa tradición y otros que abogan por una continuidad.

Que existe una continuidad creemos que es indiscutible. Por otra parte, eruditos como C. Mango, que es acérrimo partidario de la ruptura más radical, basa sus argumentos en la descalificación de la historiografía culta y en el ensalzamiento de la crónica universal escrita por monjes, en un lenguaje más vulgar, con una inspiración religiosa evidente y destinada a sectores de la población bizantina que en nada se relacionaban con la clase alta y muy minoritaria de Constantinopla. No es este lugar para plantearnos el rebatir esta tesis que, por otro lado, tiene cierto grado de justeza desde determinado punto de vista. Pero si hay algo evidente es que aquella parte de la historiografía bizantina que más utilidad nos ofrece, no ya desde el simple punto de vista literario, sino histórico, es la escrita según los moldes antiguos.

En esta vertiente historiográfica culta existe una continuidad, pero no es pura. La historiografía bizantina, al menos en sus grandes cultivadores, sigue los criterios establecidos para el género desde sus primeros representantes. Sus métodos, orientaciones y finalidad coinciden en buena parte con los de éstos. Pero también ha sufrido el paso del tiempo y la influencia de las distintas épocas por las que atraviesa. ¿Cuáles fueron esas influencias? o si queremos ¿dónde está, si no la ruptura, al menos los nuevos rasgos sumados en el camino del género? En la irrupción, como muy bien señala R.J.H. Jenkins y P.J. Alexander²⁷ de dos géneros ajenos a la historiografía en estado puro y que se fusionan en la historiografía bizantina, especialmente a partir de los *Scriptores post Theophanem*: el encomio, con Isócrates y su *Evágoras* como modelo y la biografía y Plutarco con sus *Vidas paralelas* como patrón. Tanto Jenkins como Alexander toman como punto de partida de esta fusión las obras incluidas en esa recopilación de biografías de emperadores cuyo inspirador fuera Constantino VII Porfirogéneto, quien, además, escribió la parte correspondiente a la vida de su abuelo, Basilio I, conocida como la *Vita Basilij* y que constituye el libro V de esa obra. En todo caso, la influencia más consistente es de autores que no entran dentro de la órbita de la historiografía clásica en sentido estricto, sino helenística, como Polibio, anterior como Isócrates y ya imperial como Plutarco.

²⁷ R.J.H. Jenkins, «The Classical Background...», p.20; P.J. Alexander, «Secular Biography in Byzantium», *Speculum* 15, 1940, pp.194-209.

La presencia de los aspectos biográficos en la historia ha sido excelentemente estudiada por B. Gentili y G. Cerri, por A. Momigliano y por A. Dihle²⁸. Independientemente de la controversia sobre si ambos géneros son perfectamente separables el uno del otro (aunque estamos más de acuerdo con Gentili-Cerri en la imposibilidad de separarlos claramente), lo que sí es cierto es que existen, sin duda, una mutuas influencias que hacen, si no imposible, sí difícil discernir uno de otro en numerosas ocasiones. Esta conexión está en la base de las características de la historiografía bizantina, a las que se añaden la presencia de un importante tinte encomiástico en la historia.

Por otra parte, la irrupción de los aspectos biográficos y, especialmente, del encomio en la historia provoca distorsiones respecto a las exigencias que deben adornarla y que ya conocemos. La primera y más llamativa es la incoherencia manifiesta entre lo que se declara como básico en la concepción historiográfica (la verdad) y lo que después aparece escrito en la realidad de los textos. Así los historiadores bizantinos, a pesar de todo, muestran sus simpatías sin el menor sonrojo y la historia pasa a ser casi una especie de memorias justificativas del personaje elegido como protagonista de la obra. Así, el mencionado Constantino VII Porfirogéneto en su *Vita Basilii* narra en tonos encomiásticos la vida y obras de su abuelo Basilio I, instaurador de la dinastía macedónica, como un medio de propaganda para la familia imperial y de justificación del hecho de que Basilio el macedonio no hiciera otra cosa que matar a su antecesor, el emperador Miguel III. Nicéforo Brienio escribe su obra para ensalzar la familia de su mujer, en un gesto que resulta extraño si tenemos en cuenta que fue su suegro quien hizo fracasar la tentativa de su abuelo al trono. El propio Miguel Pselo no ahorra alabanzas al emperador Constantino IX durante cuyo reinado alcanzó los máximos rangos en la sociedad constantinopolitana²⁹ y cuya labor, realmente, no dio para tanto. Finalmente, si nos fijamos en la *Alexiada*, esta intromisión del encomio y la biografía llegan a un alto nivel, ya que Alejo Comneno aparece como el modelo de emperador ideal acosado por infini-

²⁸ B. Gentili-G. Cerri, *History and Biography in Ancient Thought*, Amsterdam 1988; A. Momigliano, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, Méjico 1986; A. Dihle, *Die Entstehung der historischen Biographie*, Heidelberg 1987.

²⁹ *Cron.*, VI 161 y ss.

dad de enemigos de cuyas asechanzas sale siempre mejor o peor parado, pero incólume.

Los propios historiadores eran conscientes de esta incoherencia y por ello Miguel Pselo dice en varias ocasiones que él escribe historia y no encomio, igual que hace Ana Comnena³⁰. Parece ser que temían ser tachados de encomiastas más que de historiadores.

La historia que escriben personajes como los mencionados, guarda diferencias respecto a la historia del tipo de Tucídides, Polibio o de cierto Jenofonte. Sin duda, en esta orientación influye la distinta mentalidad que hallamos en los historiadores antiguos que hemos citado repetidas veces respecto a los bizantinos. Si lo esencial es recoger los cambios políticos, una diferente estructura e ideología políticas afectarán, lógicamente, a la concepción histórica que debe recogerlos. De este modo, frente a la noción de período temporal centrado en una polis o en un colectivo, el historiador bizantino toma como protagonista de su obra al emperador, cuyo papel era fundamental en el ordenamiento político bizantino.

7. Conclusiones.

Los historiadores bizantinos, cuando buscaron modelos antiguos en los que basarse, no pudieron acudir a autores propiamente clásicos, sino a otros fuera de ese ámbito, e incluso fuera del ámbito de la historiografía. La historiografía bizantina sigue los caminos trazados en época imperial por autores como, por citar un par de ellos, Arriano, con su obra sobre Alejandro Magno, o Herodiano, cuya historia no es sino la sucesión de los emperadores que siguieron a Marco Aurelio. La historia se había convertido ya esta época en una historia centrada en el monarca. Bizancio no hace sino seguir este rumbo. Ahora bien, es cierto así mismo que las tendencias panegíricas, sobre todo, se acentúan.

Hay, pues, continuidad entre ambas historiografías, y esto después de dar un ligero repaso sólo al aspecto llamémosle conceptual y metodológico. Si examinásemos la lengua y el uso de los recursos retóricos, esta continuidad saldría aún más subrayada. Pero, al tiempo, hay una cierta ruptura con los moldes historiográficos puramente antiguos que se dicen seguir, ya que la irrupción del encomio y la biografía da lugar a un género que muestra la fusión de los tres citados. En última instancia, lo que sí queda claro

³⁰ *Cron.*, IV 34; *Alex.*, Proemio II.2; III VIII.1, etc.

